Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral
de Zamora

¿QUE ES EL EVANGELIO?

Es "el libro de los libros",
el más importante de todos.

Id por todo el mundo y predicad
el Evangelio a toda criatura (Mc. 16,15)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-092-5
Depósito Legal: B-34829-1990
Printed in Spain
Impreso en España por G.M.S. IBERICA, S.A.
c/ Poblet, 19-21, entlo. 5.ª 08028 Barcelona

PRESENTACION

En el presente libro me propongo hablar del Evangelio, "el libro de los libros", que sobresale por su importancia entre todos los Libros Santos y a cuyo lado palidecen los demás libros humanos existentes.

Con Mons. Gibier diré: "Hay un libro que vale por sí mismo más que todas las bibliotecas; hay un libro cuyas hojas embalsamadas deberían cultivar la infancia, la edad madura y la vejez; hay un libro, cuyas letras todas son dignas de que se cubran de besos y se bañen de lágrimas; hay un libro que cayó en la tierra tras cuarenta siglos de espera, y del cual diecinueve siglos de críticas no han podido borrar una línea; hay un libro que contiene la palabra de Dios presente entre los hombres. Tal es el Evangelio".

"El Evangelio, dijo Pio XII, es el primero de todos los códigos sociales, en el que la Iglesia de Cristo, bebiendo como en manantial inagotable, ha podido encontrar todos los elementos indispensables para la elaboración de una doctrina perfecta y completa". El Evangelio nos lleva al conocimiento de Cristo, que es el único "que tiene la solución de los problemas que atormentan a la humanidad"".

El Evangelio es un libro que tiene respuesta para todo. "Cada cual encuentra en él su regla de vida: el necesitado, el trabajador, pero también el rey, el noble, el sabio, el estratega. Los pueblos más salvajes cuando nuestros misioneros les enseñan el Evangelio, gustan su dulzura. Y esas mismas enseñanzas se aco-

modan a las naciones más civilizadas del siglo veinte" (Hoornaert).

El Evangelio es universal y adaptable, acomodado a todos y a cada uno. En él está contenida en su esencia la doctrina de Jesucristo, la que mandó predicar a sus apóstoles como necesaria para la salvación de todos (Mc. 16, 15-16).

Todos debiéramos conocer bien el Evangelio para así conocer mejor a Jesucristo. ¡Cuántos se llaman cristianos y no lo conocen!

Mi finalidad es estimular a que todos lean con frecuencia este precioso libro y hacerles ver su importancia para que luego adentren en el conocimiento de los demás libros de la Biblia, porque, como es sabido, "Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo".

Benjamín MARTIN SANCHEZ
Zamora, 1 marzo 1989

LOS EVANGELIOS

¿Que es el Evangelio?

El Evangelio (que significa "Buena Nueva" o "Buena Noticia" de la redención a los hombres) es la historia de la vida, doctrina y milagros de Nuestro Señor Jesucristo, relatados por los evangelistas San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

El Evangelio es la promesa de todo el Antiguo Testamento hecha realidad, y para entender bien esta expresión conviene que sepamos ante todo qué es la Biblia. La Biblia es el libro más bello e importante que hay en el mundo por estar inspirado por Dios, o sea, por ser Dios su autor principal.

La Biblia se divide en dos grandes partes: Antiguo Testamento (A.T.) y Nuevo Testamento (N.T.). El

Antiguo fue escrito antes de Jesucristo y el Nuevo en el primer siglo después de Jesucristo. Los Evangelios son los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento. mas notemos con San Agustín que "son cuatro libros de un sólo Evangelio", o como dice Orígenes: "El Evangelio es uno en realidad, aun cuando venga de cuatro escritores".

Conviene también que sepamos que Dios ha hablado a los hombres (Heb. 1, 1-2), y en el Antiguo Testamento tenemos lo que Dios nos ha dicho por medio de los profetas, y en el Nuevo, especialmente en los Evangelios, lo que El nos ha dicho por medio de Jesucristo.

San Pablo nos dice que "fué elegido por Dios para llevar el *Evangelio prometido por su profetas en las Santas Escrituras*" (Rom. 1, 1-2). En estas palabras se nos revela que el Evangelio ya que fué anunciado en el Antiguo Testamento, más en él estaba como velado, y luego vemos que aparece sin velo en el Nuevo, o lo que es lo mismo, "el Nuevo Testamento, como dice San Agustín, se halla oculto en el Antiguo Testamento, mientras que el Antiguo se halla manifiesto en el Nuevo".

Unos ejemplos claros tenemos en los anuncios que van haciendo los profetas siglos antes acerca del Mesías que había de venir, o sea, de Jesucristo en el cual se cumplen. Esto nos enseña que sólo de Jesucristo y de ninguno otro más se ha escrito su vida antes de nacer, lo que nos demuestra que El es Dios.

Tenemos, pues, muchas profecías escritas en el

A.T. y luego las vemos que se cumplen en el Nuevo en la persona de Jesucristo. vg:

– *Isaías* 7,14 (ocho siglos antes) dijo que el Mesías nacería de una Virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y en Mateo 1,22-23 lo vemos cumplido: *"Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta, que dice: He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel"*.

– *También Isaías* (61, 1-2) habló de la misión del Mesías, y luego vemos que Jesucristo en la sinagoga de Nazaret, se aplicó a sí mismo la lectura de esta profecía en la que dice que ha sido enviado a predicar el Evangelio, dar vista a los ciegos, etc., pues término diciéndoles: *Hoy se cumple (en Mi) esta Escritura que acabáis de oír* " (Lc. 4,21)

– *Miqueas* 5,2 (profecía escrita siete siglos antes de C.) dijo que nacería en Belén, y la vemos cumplida en Jesucristo, pues al preguntar Herodes donde debía nacer el Mesías, rey de los judíos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas contestaron: "En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta..." (Mateo 2, 3-6)

Otras muchas profecías podíamos citar (véase mi libro: "*Los grandes interrogantes de la Religión*"), y reconoceremos, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, *De Jesucristo dieron testimonio todos los profetas...*" (Hech. 10,43).

Honores tributados al Evangelio

Al Evangelio se le han tributado desde los primeros siglos del cristianismo grandes honores y se le ha mirado con gran respecto por ser el libro de Dios.

En los comienzos de la Iglesia se encerraban en el sagrario la Eucaristía y el Evangelio… y aquellos primeros cristianos copiaban el Evangelio, le llevaba consigo, y al morir, se depositaba sobre sus pechos.

Es costumbre en la Iglesia Católica estar de pie durante la lectura del Evangelio, como indicando que estamos dispuestos a oír la palabra de Dios y a cumplirla, y cuando empieza a leerlo, hacer la señal de la cruz en la frente, en la boca y en el pecho.

Después de la lectura, el Evangelio se besa y en las Misas solemnes se inciensa en señal de respeto a la palabra de Dios. No hay en el mundo más que un libro que se inciense, y es éste: ¡el Evangelio!, y es que "el Evangelio, como dice San Agustín, es la boca de Cristo. El tiene su trono en el cielo, pero no cesa de hablar en la tierra".

Con las diversas ceremonias dichas, cuyo sentido es fácil comprender, la Iglesia hace profesión de creer que el Evangelio es la palabra de Dios y la regla de su fe.

El Evangelio es el libro por excelencia, y no sólo por ser libro inspirado, o sea, por tener a Dios como autor principal, sino por su contenido: La vida de Jesucristo y sus enseñanzas.

Hoy se leen con avidez biografías de hombres cé-

lebres, y ¡cuantos de los que dedican a sus lecturas se olvidan que la primera de todas es la de Jesucristo, y que esa biografía divina se llama el Evangelio! "Sea, pues, nuestro principal estudio pensar en la vida de Jesucristo" (Kempis).

"Y pensar que hay católicos que están muy al tanto de lo que dice la historia, y que ni una sola vez han leído por entero la historia del Hombre-Dios, la historia tan corta de nuestro Señor Jesucristo por San Mateo, o por San Marcos, por San Lucas o San Juan!

Hallan tiempo para leer diez novelas de Víctor Hugo u otras parecidas, pero dicen que están muy ocupados para leer una vez en la vida las pocas páginas del Evangelio. Se apasionan por héroes encomiados con exageración y, al fin y al cabo, humanos; y nada por el héroe divino:Jesucristo".

Semejante anomalía ha sido ya indicada y deplorada por el Papa Pio XI en su encíclica "*Ubi arcano*" (23-10-1922). Afirma que lo que más le aflige, cuando considera el mundo desde la cumbre en que le ha colocado el supremo Pontificado, es el ver a nuestro Señor tan poco conocido. "*Id creciendo en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*" (2 Ped. 3,18).

De todas las vidas más importante es la de nuestro Cristo. Nuestra historia, nuestra era cristiana comienza a partir de Cristo. Cuando ponemos la fecha a la carta más sencilla, recordamos ímplitamente la venida de Jesucristo a este mundo; pues al contar, lo hacemos comenzando desde El.

Desde hace dos mil años, todas las civilizaciones llevan, siquiera sea de una manera inconsciente, la impronta de su influencia. Es el Sol divino, y "*nada deja de recibir su calor*" (Salmo 19,7).

La vida de Cristo es la que tiene para nosotros más interés personal. Dime, ¿ha vivido por ti, ha muerto por ti, por ejemplo, Hernán Cortés o Don Juan de Austria? Y sin embargo, por ti ha vivido y muerto Jesucristo.

El nos redimió con su sangre. El nos rescató. Y la narración de este rescate, de mi rescate, se llama el Evangelio (Ver Hoornaert. A propósito del Evangelio).

Si tu no has leído aún el Evangelio, interésate por su lectura y sigue leyendo los libros Santos. El Evangelio está ya extendido por todas partes, se halla traducido en todas las lenguas, los cristianos lo lenn, lo meditan, lo reverencian como la palabra del mismo Dios. Su autoridad es muy grande y hoy hasta los mismos herejes y fundadores de las diversas sectas si se suscita alguna controversia, apelan a este libro y los más atrevidos procuran volverla a su favor por medio de interpretaciones nuevas y forzadas. El cristiano debe, en sus dudas, seguir la interpretación dada por el Magisterio de la Iglesia Católica.

¿Cual es el origen de los Evangelios?

El Evangelio fue primeramente oral. La Buena Nueva por excelencia, la doctrina de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, fue predicada al mundo, primeramente por El y luego por sus apóstoles a quienes envía a predicar. He aquí los testimonios que lo confirman.

"*Jesús iba recorriendo toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino*"' (Mt. 4,23), y luego de instruir a sus apóstoles les dijo: "*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a todas las gentes*" (Mc. 16,15). "*Id y predicad, diciendo: Que se acerca el reino de los cielos*" (Mt. 10,7)...

Los apóstoles eran los discípulos de Jesús, y así decían: "*No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído*" (Hech. 8; 4,20). Su predicación fue el Evangelio oral, o sea, prolongación de la predicación de Jesús.

El Evangelio escrito. Después de haberse predicado en gran parte del mundo el Evangelio, se sintió la necesidad de fijar por escrito la enseñanza oral que se había predicado, y así algunos de los apóstoles y discípulos, inspirados por Dios, para bien de las comunidades cristianas y fieles, escribieron parte de la doctrina que predicaban, o sea, de las divinas enseñanzas de Jesucristo.

La predicación apostólica fue una instrucción a la que se le ha dado el nombre de "catequesis", formada a base de los hechos y palabras de la vida de Jesús, la

cual era necesaria, ya que la fe depende de la predicación de la palabra o Evangelio de Jesucristo (Rom. 10,17).

Autores, lengua y época de los Evangelios

Los Evangelios los podemos considerar como libros "inspirados", o sea, como libros escritos por Dios, que es su autor principal, o como libros "humanos", escritos por San Mateo, San Marcos, San Lucas, autores instrumentales y secundarios. Ahora prescindimos de la primera cuestión y tratamos de la segunda, esto es, de los "autores humanos de los Evangelios", y decimos:

Los autores de los Evangelios son: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. (Los cuatro escribieron la divina historia de lo que Cristo dijo e hizo entre los hombres, bajo la inspiración del Espíritu Santo).

San Mateo y San Juan fueron apóstoles de Jesucristo. San Marcos fue discípulo de San Pedro, y San Lucas, discípulo de San Pablo.

– Los Evangelios fueron escritos en lengua *griega* a excepción del de San Mateo, que lo fue en lengua aramea.

En cuanto a "época", según la manera de hablar de varios historiadores y Padres de la Iglesia, se tiene como sentencia más probable que los tres primeros: San Mateo, San Marcos y San Juan, del año 40 al 70 de nuestra era. San Mateo entre el 40 y el 50; San

Marcos (pues no nos consta su prioridad sobre Mateo, que algunos quieren sostener), antes del 60, y San Lucas del 60 al 63 –antes del 70, o sea, de la destrucción de Jerusalén, ya que en el Evangelio se nos habla de la nación judía y de su templo como si aún existieran. (Sobre estas cuestiones puede verse mi "Manual del N.T.": 5.ª edic.)

Norma para juzgar de los Evangelios. Conviene tengamos presente que la Iglesia fundada por Jesucristo es para los Católicos la verdadera Maestra, intérprete y norma para juzgar de la naturaleza de la inspiración de la Santa Biblia. Conocido es el dicho de San Agustín: "Yo no creería en los Evangelios, si no me convenciese de ellos la autoridad de la Iglesia Católica".

La Biblia, pues, es para todo católico la palabra de Dios conservada, enseñada e interpretada a través de los siglos por la Iglesia como órgano infalible del Espíritu Santo, y sólo a ella compete discernir y fijar la autenticidad, la divinidad y el sentido de los libros bíblicos.

¿Merecen crédito los Evangelios?

No hay duda alguna que los Evangelios tienen la máxima autoridad y merecen fe humana por ser verdaderamente *históricos,* o sea, porque son auténticos, íntegros y verídicos, y por tanto no son una historia inventada y legendaria.

¡Que cosa más extraña oír a algunos incrédulos,

tratar de fábula el Evangelio de Jesucristo, cuando cuenta veinte siglos de existencia y se halla escrito por testigos oculares (Mateo y Juan) o contemporáneos (como Marcos y Lucas) de los sucesos que refiere!

El Evangelio es un libro excepcional que se halla publicado en todo el universo y se ve confirmado con milagros públicos e innegables, confesado por millones de hombres, que han dado su vida entre los más horrorosos tormentos por su creencia, y vemos que es defendido, explicado y aclarado por los hombres más sabios y virtuosos de todos los siglos.

Jesucristo dijo y sigue diciéndonos en el Evangelio: "*¿Si os digo la verdad por qué no me creéis?*" (Jn. 8,46). Uno que lea con reposo e imparcialmente el Evangelio tiene que reconocer que Jesucristo ha sido, es y será eternamente el Mesías prometido en la Ley y los Profetas, el enviado de Dios a los hombres para su salud y redención, el Salvador del mundo, el Verbo o Palabra del Padre hecha carne, Dios y hombre verdadero.

La historia de los Evangelios no ha sido inventada por nosotros, pues siglos antes que naciéramos, existían ellos en el mundo. Nuestros padres los recibieron de nuestros abuelos, y éstos de sus mayores, sin haber habido siglo en el cristianismo, en que no se hiciese mención de estos libros, como escritos por San Mateo y San Juan, apóstoles de Jesucristo, y por San Marcos y San Lucas, discípulos y compañeros de San Pedro y de San Pablo.

Examínense todas las épocas del cristianismo y todos los escritos de los Padres de la Iglesia, léanse todos los libros y las actas más auténticas de las historias más universalmente recibidas por verdaderas, jamás se hallará variedad de opiniones en este hecho: el Evangelio apareció en el mundo cuando nació el cristianismo, y el cristianismo apareció en el mundo, cuando empezó a predicarse el Evangelio. ¿Podrá presentarse una verdad más demostrada que ésta...?

También podemos decir a los incrédulos: Recorred Tierra Santa, la antigua Palestina, país de la Biblia, el Israel de hoy y veréis confirmadas todas las verdades y milagros consignados en los Evangelios. Id a Betania y allí, los actuales judíos y habitantes de aquel pueblo, os enseñarán el sepulcro donde estuvo el cadáver de Lázaro enterrado cuatro días y cómo Jesús lo resucitó...; id a Naím y os hablarán allí de la resurrección del hijo de la viuda...; visitad Caná de Galilea, y también allí os dirán que allí hizo el milagro de la conversión del agua en vino... En fin, si visitáis Jericó, Cafarnaún, Jerusalén, etc... reconoceréis que los Evangelios son ciertamente históricos y que Jesús pasó por todos estos lugares "haciendo bien a todos", "curando enfermos y resucitando a muertos...

Testigos sobre la autenticidad de los Evangelios

A favor de la autenticidad de los Evangelios tenemos la tradición de todos los siglos y testimonios hasta de los mismos enemigos del Evangelio.

Escucharemos primeramente el lenguaje de los primeros Padres de la Iglesia. Entre estos tenemos los siguientes testigos antiquísimos:

– *San Clemente Romano,* discípulo de San Pedro y Papa en el primer siglo (desde el año 91 y 100), cita los cuatro Evangelios.

– *San Ignacio de Antioquía,* martirizado por Trajano en 107, que fue discípulo de San Juan, también cita los Evangelios.

– *San Ireneo, obispo de Lyón* (año 120 al 202), discípulo de San Policarpo, quien lo fue a su vez de San Juan invoca contra los herejes los cuatro Evangelios, y así dice: "Es tan grande la certeza de nuestros Evangelios, que los mismos herejes les rinden testimonio".

– *Orígenes,* que vivió del año 185 al 254, afirma: "Hay cuatro Evangelios, que son los únicos recibidos sin dificultad en toda la Iglesia de Dios: el de San Mateo, el de San Marcos, el de San Lucas y el de San Juan".

Desde el siglo III y IV abundan testimonios clarísimos sobre la autenticidad de los Evangelios. Nadie puede negar la autoridad de éstos, porque tienen caracteres de veracidad mil veces más notables que todas las historias del mundo.

"¿Que escritos pueden tener autoridad, dice San Agustín, si no la tienen los evangélicos y apostólicos? ¿De que libro podemos saber con certeza cuyo es, si las Epístolas que la Iglesia dice y cree ser de los apóstoles y que estos mismos propagaron y todas las gen-

tes declararon tan eminentes, no es seguro que sean de los apóstoles?".

Una prueba más en favor de la autenticidad de los Evangelios es el testimonio de enemigos del mismo Evangelio.

Desde los primeros siglos de la Iglesia no han faltado librepensadores, llenos de rabia contra los cristianos que hubieran querido atacar la autenticidad de los Evangelios, pero al ver que no podían negar su origen y valor histórico, lo que hicieron fue desnaturalizar su contenido o adulterar los relatos evangélicos en provecho de sus errores, tales fueron: *Celso y Porfirio,* filósofos platónicos de los siglos II y III, primeros precursores del moderno racionalismo, y también *Ebrión, Marción, Valentín* y otros...

Nos remontamos a los siglos XVI y siguientes, y hemos de reconocer que para el protestantismo en su primera etapa, o sea, para Lutero, Calvino y sus discípulos, la Biblia era un libro inspirado por Dios, es decir, todo él era de origen divino y no tenía nada de humano, pues el autor humano bajo la inspiración divina había sido un instrumento meramente material.

Admitieron la Biblia como única norma de fe y rechazaron la tradición y el Magisterio de la Iglesia. De esta manera la razón individual del hombre, esencialmente limitada y variable y sujeta a mil contradicciones y pasiones, al quedar como un juez de la Palabra de Dios, terminó por despojar la Biblia de su carácter sobrenatural.

Este error facilitó la propaganda de las ideas anti-

bíblicas y racionalistas a los protestantes de los siglos XVII y XVIII: *Samuel Reimar, David Federico Straus, Eichorn, Gotlob Paulus, Renan, Wellhausen,* etc.

Estos niegan el milagro y lo sobrenatural; y al no saber como explicar los milagros, una vez despojada la Biblia de todo elemento sobrenatural, unos intentaron explicarlos como efectos puramente naturales como Gotlob Paulus, y con lo artificioso de su invento incurrieron en puerilidades e inexactitudes.

Straus reaccionó contra el invento del naturalista Paulus e intentó probar que los Evangelios se habían escrito en el siglo II para sostener su tesis de que eran un mito o leyenda que necesitó cierto período de tiempo para su formación..., más no tuvo éxito, por que otros protestantes liberales y racionalistas como *Harnack* y *Renán* sostuvieron que habían sido escritos en el siglo I.

Renán dijo: "En suma admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. A mi parecer todos se remontan al siglo I, y son poco más o menos de los autores a los cuales se atribuyen.

Juan Jacobo Rousseau, que atacó muchas veces la figura de Jesucristo, dice: "¿Diremos que la historia del Evangelio fue inventada caprichosamente? No es así como se inventa. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor quedaría más asombrado que el héroe".

En consecuencia, podemos afirmar con todo dere-

cho que la autenticidad de los Evangelios se demuestra por el testimonio de los amigos y de los enemigos del Evangelio…

Los Evangelios son veraces e íntegros.

Por el contenido de los Evangelios se echa de ver que *narran la verdad*, pues en un estilo sencillo y lleno de candor, refieren las cosas tranquilamente y sin presión (sin ninguna invectiva contra los enemigos de Cristo, sin ningún asombro no ponderación de sus milagros, etc.).No callan sus propias faltas; cuentan cosas que habían de proporcionarles persecuciones y martirios…

Además los hechos que narran los habían visto ellos mismos, como testigos oculares, o bien recibido de boca de los testigos dignos de fe…

Por otra parte la crítica enemiga los ha examinado con la mayor prevención y saña, como jamás se haya examinado libro alguno, y no han podido encontrar error o falsedad.

Finalmente, es del todo imposible inventar un tan elevado carácter como el de Jesucristo… y los Evangelistas no hubieran podido engañar, aunque hubieran querido, por que vivían todavía numerosos testigos presenciales de los hechos del Evangelio, y hubieran protestado, y los mismos enemigos del cristianismo no hubieran dejado de descubrir la impostura, y porque se trata de hechos conocidos y narrados por historiadores profanos…

De Jesucristo, persona histórica (que como sabemos, nació en Belén en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato) nos hablan los historiadores profanos *Flavio Josefo*, contemporáneo suyo, *Plinio el Joven, Tácito, Suetonio, etc*... (Ved mi libro: "*¿Quién es Jesucristo*?").

Integridad de los Evangelios En el decurso de los siglos *nada se ha mudado en los Evangelios*. Todos ellos son *íntegros*, es decir, han llegado intactos hasta nosotros, conservándose como salieron de las manos de sus autores, sin mutaciones *esenciales*, y si se nota alguna que otra variante es accidental y debida a errores de copistas o de traductores.

Nuestros Evangelios no han sido alterados, porque el texto actual está conforme con los antiguos manuscritos. Existen más de dos mil trescientas copias, hechas en pergamino, todas ellas antiquísimas, pertenecientes a distintas regiones y escritas en diversas lenguas, y toda ellas ofrecen el mismo texto sin variantes substanciales como lo han comprobado sabios modernos católicos y protestantes. Todas las copias concuerdan con nuestra Sagrada Escritura, y lo mismo sucede con las traducciones más antiguas, de las que la siriaca *Peschito* y la latina *Itala* son del siglo II...

En los escritos de autores de los primeros tiempos hallamos tantas citas de los libros sagrados, que se podrían con ellas reconstruir las Escrituras, y esas citas concuerdan con nuestras Biblias actuales.

Era imposible toda alteración sustancial, porque han sido siempre reverenciados nuestros Evangelios

como divinos , y aprobados por los apóstoles; han sido custodiados con sumo esmero por los primeros Pontífices y cristianos y tenidos con gran veneración al ser leídos todos los domingos en los oficios.

Era imposible falsificar los Evangelios, y más al ser conocidos por los católicos, herejes e incrédulos, pues en caso de mutación substancial hubiera surgido protesta unánime de todos ellos.

El impío Rousseau llegó a decir, y ahora diremos con él: ¿Como recusar el testimonio de un libro escrito por testigos oculares que lo firmaron con su sangre, recibido en depósito por otros testigos que nunca han cesado de darlo a conocer en toda la tierra, y por el cual han muerto más mártires que letras tienen sus páginas?".

Si los hechos del Evangelio no fueran verdaderos, el Cristianismo nunca se hubiera podido establecer y conservar en la tierra.

Tenemos necesidad del Evangelio

A todos nos es necesario leer y estudiar el Evangelio porque él nos enseña a conocer a Jesucristo y su admirable doctrina, que es la que puede salvar a los pueblos. Cuando El vino a la tierra, empezó así su predicación : "*Haced penitencia –cambiad de vida– y creed el Evangelio*".

Jesús recorrió la Galilea y la Judea y el país de Samaría, anunciando a todos su divina doctrina. Enseñó en todos los lugares, en ciudades y aldeas, en cam-

po raso, en lo alto de las montañas, en el templo, en la sinagoga y en las casas; predicó en presencia de millares de personas, y delante de pocos oyentes; predicó a sus discípulos y a sus enemigos.

Sus enseñanzas versaban acerca de todas las cosas que debemos creer, esperar y obrar para obtener la bienaventuranza o salvación eterna.

Con incomparable santidad de vida se mostró a los hombres como Hijo de Dios y declaró que su doctrina es palabra de Dios, lo cual fue confirmado ante todo por los innumerables y patentes milagros que obró y por las propias predicciones, las cuales todavía se están cumpliendo ante nuestros ojos.

En su misma doctrina y en la virtud persuasiva con que la predicaba, hallará toda persona imparcial la prueba de la verdad y divinidad de sus palabras. "*Todos los que le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas*" (Lc. 2,47).

Cuando los siervos enviados por príncipes de los sacerdotes y fariseos para prenderle, se volvieron sin haber cumplido el encargo que se les había dado, diciendo llenos de admiración: "*Nunca habló ningún hombre como este hombre*" (Jn. 7,46)

Esta excelsa y misteriosa doctrina la exponía Jesús en lenguaje sencillo y ordinario, casi siempre en parábolas que aún los más ignorantes entendía y a los cuales mostraban claramente la verdad. Y esta doctrina tan sublime la tenemos ahora en el Evangelio.

Como rasgo característico de las excelsa y divina doctrina, de Jesús, merece sobre todo ser notado el

amor al prójimo que Jesús predicaba e inculcaba a sus discípulos de un modo tal como nunca se había visto ni imaginado nadie en el mundo hasta entonces.

El amor el prójimo, que Jesucristo enseña, debe ser extensivo a todos los hombres sin excluir ni siquiera a uno sólo, pues a todos los debemos tener por hermanos y hacerles bien, lo mismo a los pobres que a los ricos, a los principales que a los humildes, a los amigos que a los enemigos. Y para ennoblecer y mostrar a nuestros ojos más y más la excelencia del mandamiento del amor al prójimo, hizo de él uno y mismo mandamiento, con el que nos impone la obligación de amar a Dios, y nos enseña a tener y mirar en nuestros semejantes no sólo a hermanos nuestros sino a Dios, al mismo Jesucristo, que mirará el bien que hiciéramos al prójimo, como si a El mismo se lo hiciéramos: "*Es verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a Mi me lo hicisteis*" (Mt. 25,40)

Después que Jesús resucitó, poco antes de subir al cielo, dijo a sus apóstoles: "*Me ha sido dado todo poder en los cielos y en la tierra. Id pues, y enseñad a todos los pueblos, y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a observar todos lo que yo os he mandado" (Mt. 28, 18-20). " Quien creyere (el Evangelio) y fuere bautizado, se salvará, más el que no creyere, será condenado" (Mc.16,16).*

En virtud de su poder, Jesús envió a sus apóstoles por todo el mundo a enseñar a todos los pueblos y

países los misterios de la fe, a administrarlos sacramentos, a instruirlos en los mandamientos de la ley evangélica y a mantenerlos en la observancia de esos mismos mandamientos.

Grande y dificil sobre toda ponderación es la misión de los apóstoles, pues excede a las fuerzas humanas; pero no temáis, le dijo el Señor: "*Ved que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*" (Mt.28,20). Esta promesa, como es natural, se extiende no sólo a los apóstoles, sino también a sus sucesores en el cargo de enseñar, en el ministerio sacerdotal y en el oficio pastoral hasta el fin de los tiempos.

Enviados de Dios son, pues, lo mismo que los apóstoles, sus sucesores los obispos de la Iglesia católica: como ellos, tienen poder y misión recibida de Dios, y ninguna potestad de la tierra puede inmiscuirse en el ejercicio de este poder, ni impedirlo ni limitarlo.

Seamos apóstoles del Evangelio

El Evangelio, el libro de los libros, el libro por excelencia es un libro aún ignorado por multitud de fieles, ¡Cuántos cristianos hay que no lo leen!... y de aquí la falta de fe, la disminución del espíritu cristiano...

Hoy existen publicaciones obscenas e impías, libros pornográficos que van desmoralizando nuestra

sociedad y la hacen regresar a los tiempos del paganismo... y si preguntamos porque la duda y negación de verdades fundamentales de nuestra fe, tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la necesidad de una religión, de la creencia en Jesucristo, etc. no hallaremos otra respuesta que por falta del estudio y práctica de las enseñanzas del Evangelio.

¡Cuán lastimoso es el estado del mundo actual bajo el aspecto religioso y moral! Parece que está volviendo nuestra sociedad a aquellos tiempos que describe el apóstol San Pablo, tiempos de paganismo en el que se hallaban "*llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de maldad, llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños..., malévolos, sin fe, sin misericordia*" (Rom. 1,29-31).

Los pueblos que viven alejados del Evangelio viven como en tinieblas, llenos de vicios, y necesitan ser iluminados por "Cristo, luz de los pueblos". El evangelista San Mateo cita esta profecía de Isaías: "*el pueblo que yacía en tinieblas vio una gran luz, y para los que yacían en región y sombra de muerte, la luz les brilló*" (Is. 8,23-9,1), para hacer ver que se cumplió en Jesús, pues aquellas ciudades, sumergidas en tinieblas, es decir en el error y la ignorancia, vieron una gran luz. Esta luz era Cristo, que luego diría: "*Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no anda en tinieblas*" (Jn.8,12).

Cometeríamos una falta si quisiéramos prescindir del Evangelio. Creyente o escéptico, el género humano lo saluda y lo venera.

– La iglesia es la primera que desde hace veinte siglos lo viene recomendado a nuestra atención, a nuestra respecto y a nuestra docilidad. Como ya vimos, la Iglesia es la que le tributa un grande honor, y así cuando los obispos se reúnen en concilio, el libro de los Evangelios se coloca en un trono en medio de ellos. En la misa se lleva con gran pompa, escoltado de cirios y de incienso; todos los fieles se ponen en pie mientras se canta o se recita, y el sacerdote, cuando ha terminado su lectura, besa religiosamente el sagrado texto. Y ¿por qué se le honra de esta manera? Sencillamente, porque contiene y es la palabra de Dios.

– También hombres no creyentes como el impío Diderot quiso que su hija lo leyera, y un día que le visitó un amigo se vio sorprendido al ver que la joven lo leía, y él le dijo al amigo que se mostró asombrado: "¿Qué podría enseñarle mejor que el Evangelio?", y conocidas de muchos son estas palabras de Rousseau: "La santidad del Evangelio habla a mi corazón. Ved los libros de los filósofos... ¡cuán pequeños son en comparación de aquel!".

Napoleón, desterrado en Santa Elena, leía con asiduidad el Evangelio e inclinaba su frente desposeída de la corona ante este libro que cautivaba a su alma...

Hay en el Evangelio, decía Mons. Gibier, incrustados en el texto sagrado, dogmas, preceptos, consejos, instituciones, ejemplos que constituyen "un código moral" absolutamente perfecto. Cada palabra del Evangelio es un germen de vida. Implántese el Evan-

gelio, y la tierra se convertirá en un parece de delicias...

Al Evangelio le corresponde el primer puesto entre todos los libros. En él Jesucristo, nuestro Dios y Salvador, nos habla, y bien podemos decir con Kempis: "La doctrina de Cristo excede a la de todos los santos... No me hable Moisés ni alguno de los profetas: sino más bien háblame Tu, Señor Dios, inspirador y alumbrador de todos los profetas; pues Tu sólo sin ellos me puedes enseñar perfectamente, pero ellos sin Ti ninguna cosa aprovechará. No me hable, pues Moisés, sino Tu, Señor Dios mio, eterna verdad".

Sea, pues, el Evangelio nuestro primer libro entre todos, porque él no ha sido inventado por los hombres, sino que es obra de Dios, y deber de todos los que nos preciamos de cristianos, es no sólo leerlo para conocerlo bien, sino para darlo a conocer a otros, y contribuir a que sea una realidad la consigna de Pio XII: "Ningún hogar sin los santos Evangelios."

Leamos el Evangelio

Se impone la lectura del Evangelio, porque él es la fuente principal para conocer la vida de Jesús o historia del Hombre-Dios. Si alguno tiene dudas o prejuicios, verá, como al leerlo se disiparán como la niebla al soplo de la brisa, y si tiene tentaciones y quiere verse libre del pecado, siga leyendo y se apaciguarán y reinará la calma y la paz en su alma.

San Jerónimo aconsejaba la lectura de los Evangelios y de todos los Libros Santos, y así decía: "Leed con frecuencia las Escrituras, aún más no dejéis de la mano su lectura... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne".

Bossuet dijo estas profundas palabras: "Infundid en el joven tantas nobles pasiones, que no haya lugar en su corazón para las malas". Nada como el Evangelio. Padres, haced leer el Evangelio a vuestros hijos...

Nada hay comparable al Evangelio con sus verdades tan profundas, con sus máximas tan elevadas... Son dignas de recordar las palabras aleccionadoras que un día dijo Monseñor Dupanloup: "Desearía convocar una asamblea de personas sobre quienes pesa una responsabilidad. Les mostraría tres bibliotecas: en la primera los nuevos pontífices del porvenir: Víctor Hugo, Renán, Zola... (nosotros diríamos los libre pensadores modernos)...; en la segunda los grandes pensadores y sabios del pasado: Platón, Aristóteles, Pitágoras, Descartes...; en la tercera, un sólo libro: el Evangelio. Y luego conduciendo..., preguntaría a ese concilio de los responsables: ¿Cuál de estas tres bibliotecas he de escoger como fundamento para la educación de este niño? Realmente, no habría otra contestación que ésta: "¡El Evangelio! ¡El Evangelio!".

Y yo ahora pregunto: siendo el Evangelio el libro de los libros, perfectamente auténtico, ¿por qué hay tantos que lo atacan?¿Quienes son los que no quieren el Evangelio?

– El Evangelio condena *el orgullo*, y predica mis-

terios y refiere milagros. Los orgullosos no quieren el Evangelio.

– El Evangelio condena *la codicia*, e impone la justicia, la caridad, el desinterés. Los codiciosos, los injustos, los egoístas no quieren el Evangelio.

– El Evangelio condena *la voluptuosidad*, y ordena refrenar las pasiones, los sentidos, la imaginación, el corazón, el pensamiento, y respetar la indisolubilidad del lazo conyugal. Los lujuriosos. los intemperantes, los esclavos de la pasión no quieren el Evangelio.

– El Evangelio *viene de Dios*, y evoca sin cesar las sanciones eternas. Los que ponen en la vida sensible y presente todos sus goces y todas sus esperanzas, no quieren el Evangelio.

Pero el Evangelio *es imperecedero* e iremplazable. Démosle la adhesión de nuestra fe. No queramos acomodar el Evangelio en las cosas que nos agradan, sino acomodémonos nosotros al Evangelio, a sus exigencias y enseñanzas...

Si el mundo se aparta del Evangelio, perecerá irremisiblemente. El porvenir pertenece al Evangelio... Seamos apóstoles del Evangelio, procuremos practicarlo y propagarlo. En él están los secretos de la verdad y del bien. En él se aprende a vivir bien y a morir bien. En él está la clave de la santidad en el tiempo y de la dicha en la eternidad. (Para los niños recomienzo mi libro: "Los Evangelios ilustrados').

¿Quien es Jesucristo?

El Evangelio está lleno de respuestas a esta pregunta, pues todo él nos habla de Jesucristo, de su doctrina, de su vida, de su muerte y resurrección gloriosa.

Fijémonos solamente en las respuestas dadas a las preguntas que se le hicieron y en lo que El dijo de si mismo:

– "*¿Eres tu el Mesías, el Hijo de Dios?*". A esta pregunta que hizo el sumo Pontífice Caifás de Jesús, Este le respondió con toda claridad: "*Tu lo has dicho, yo soy*". Esta respuesta nos pone de manifiesto que Jesús tuvo que seguir haciendo a Jesús más preguntas? "*¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?*". Cristo mismo ha dicho quien es; sus enemigos han comprendido su testimonio y por eso le llevan a la muerte; más no fue ésta su *última* palabra. Bajó el sepulcro, pero tampoco fue ésta su última palabra. Al tercer día, después de su muerte... dijo su última palabra: resucitó de entre los muertos, como ya lo tenía anunciado, y resucitó por su propio poder. Este fue el *sello de su divinidad*. (Ved. Mat.26,63 ss.)

¿Quien era, quien es Jesucristo? Lo hemos oído de sus propios labios: el Hijo de Dios.

– ¿Hasta cuándo nos vas a tener vilo? Si eres el Mesías, dínoslo claramente. Jesús les respondió: *Os lo dije y no lo creéis: las obras, los milagros que yo hago en nombre de mi Padre, esos dan testimonio de mi... Yo y el Padre somos una sola cosa...* Ante esta

respuesta los judíos trajeron piedras para apedrearle. De nuevo Jesús le respondió: *Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre; por cuál de ellas me apedreáis? Respondiéronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tu, siendo hombre, te haces Dios...* (Jn.10,24 ss.).

De lo dicho se desprende que Cristo nuestro Señor tenía plena conciencia de ser en sentido propio "Hijo" de Dios, es decir, el Hijo de Dios por *naturaleza*, igual a Dios en su misma *esencia*. Jesucristo, pues, es Dios.

– *¿Eres tu el que ha de venir o esperamos a otro*? Esta pregunta le hicieron a Jesús los discípulos de Juan Bautista, los cuales fueron enviados por éste cuando estaba en la cárcel. Ellos estaban deseosos de saber si El era el Cristo o Mesías debido a los muchos milagros que habían oído hechos por El.

Sucedió que entonces curó delante de los comisionados por el Bautista a muchos enfermos e hizo muchos milagros, y la respuesta de Jesús fue ésta: "*Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados...* (Mt.11, 3-5).

Esta respuesta era una manifestación clara de que El, Jesucristo, era Dios, ¿quién puede hacer los milagros que El realizó si no lo fuera?

– *¿Que pensáis de Cristo? ¿De quien es hijo?* (Mt. 22,42). Esta pregunta hizo el mismo Jesús a los

intelectuales del pueblo judío, y ellos le respondieron: "De David". "*Pero ¿como* –les replica Jesús– *decís que el Cristo es hijo de David, cuando el mismo David dice en el libro de los salmos: "Dijo el Señor a mi señor, siéntate a mi derecha, mientras pongo a mis enemigos debajo de tus pies?"* (Sal.110,1). Si, pues, el mismo David le llama "Señor" ¿como puede ser hijo suyo?".

Los judíos quedaron confundidos. No supieron responderle. la solución está en que Jesús es Dios y hombre a la vez; como hombre, según la carne, es hijo de David, pero en cuanto Dios es Señor...

– *¿Quien dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Esta fue la pregunta que Jesús hizo a sus apóstoles en Cesarea de Filipo, cuyo diálogo puede verse en Mateo 16,13 ss... y la respuesta de Pedro fue está: Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!... Después de confesar Pedro que Jesús es Dios, le hace la promesa por la cual lo constituye cabeza de los demás apóstoles y supremo por la cual lo constituye cabeza de los demás apóstoles y supremo rector de la Iglesia...

En los Evangelios todo nos habla claramente de la divinidad de Jesucristo, pues aparece como Legislador y Juez Supremo, como Rey y Señor del mundo, conocedor del porvenir y vemos que sus profecías se verifican, conoce los pensamientos de los hombres, se le atribuye el perdón de los pecados, conoce cuanto conoce el Padre y conoce todos sus secretos...

Resumen de testimonios acerca de Jesucristo

– Jamás persona alguna ha hablado como este hombre (Jn.7,46).

– Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus repuestas (Lc.2,47).

– Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades (Lc.5,15).

– ¿Quien es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen? (Mt.8,27).

– Tu tienes palabras de vida eterna (Jn.6,68).

– Pasó haciendo bien y curando a todos... De El dan testimonio todos los profetas (Hech.10,38 y 43)

– Judas dijo: He entregado la sangre inocente (Mt.27,4).

– Pilato: Yo no hallo en este ningún crimen (Jn.18,38).

– El buen ladrón: Nosotros justamente sufrimos por nuestros pecados, pero éste nada malo ha hecho (Lc.24,41).

– Los mismos fariseos decían: ¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así todos creerán en él... Ya véis que todo el mundo se va en pos de él" (Jn.11,47-48:12,19).

"Todos quedaban sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios diciendo: un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo" (Lc.7,16).

– Los samaritanos decían: Este es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn.4,42).

– Todos se maravillaban y glorificaban a Dios diciendo: Jamás hemos visto cosa parecida (Mc.2,12).

Veamos ahora algunos testimonios que Jesús dio de si mismo:

– Yo soy el Mesías (Jn.4,26). Yo soy Rey (Jn.18,37).

– Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn.14,6).

– Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas (Jn.8,2).

– Yo soy la Resurrección y la Vida (Jn.11,25).

– Yo soy el pan de vida (Jn.6,35).

– Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último (Apoc.22,13)

– Yo y el Padre somos una sola cosa (Jn.10,30). El Padre está en mi y yo en el Padre (Jn.10,38). El que me ha visto a mi ha visto al Padre (Jn.14,9).

CONCLUSION

Termino este pequeño libro en el que he querido entusiasmarte a ti y a todos mis lectores para que no cesen de leer los Santos Evangelios y así conozcan más y más a Jesucristo nuestro Salvador y Redentor.

San Justino, el gran apologista del siglo II, que al final de su vida selló su fe con la propia sangre, cuenta que después de estudiar los más diferentes sistemas de la sabiduría griega, no quedó satisfecho. Iba un

día meditabundo por la orilla del Tiber; de repente le llamó un anciano (a quien ya no volvió a ver más y le recomendó el estudio de la Sagrada Escritura), pues solamente junto a Cristo encontraría la verdadera sabiduría que su corazón anhelaba. Justino siguió la indicación del misterioso consejero, y dentro de poco tiempo fue uno de los más entusiastas devotos de la verdadera Sabiduría.

Amigos míos: Al igual que a este santo le fue recomendada la lectura de los Evangelios y demás libros de la Santa Biblia, yo no puedo menos de recomendaros su lectura asidua y si os aficionaís a leerlos, os pasará lo que decía Santa Teresa de Jesús: "Me han recogido más las palabras de los Evangelios que los libros más concertados".

El que se aficione al estudio y lectura de los Libros Santos, terminará reconociendo que fuera de ellos toda la lectura de los demás libros (y más si no se fundamentan en la Biblia) se le caerán de las manos, y es que en éstos se halla la palabra falible y humana, que tiene sólo un valor temporal, mientras que en las Escrituras Santas se halla la palabra de Dios infalible y eterna. (Véanse mis libros: *¿Porqué leer la Biblia? ¿Como debemos leerla?* y *¿Quién es Jesucristo?*

Procuremos que el hombre de nuestro Señor Jesucristo sea conocido, amado, servido, adorado y santificado en todo el mundo.

Laudetur Iesuschristus
Alabado sea Jesucristo.

INDICE

PRESENTACION 3

¿Qué es el Evangelio? 5
Honores tributados al Evangelio 8
¿Cuál es el origen de los Evangelios? 11
Autores, lengua y época de los Evangelios 12
¿Merecen crédito los Evangelios? 13
Testigos sobre la autenticidad de los Evangelios .. 15
Los Evangelios son veraces o íntegros 19
Tenemos necesidad del Evangelio 21
Seamos apóstoles de Evangelio 24
Leamos el Evangelio 27
¿Quién es Jesucristo? 30
Resumen de testimonios acerca de Jesucristo 33

CONCUSION 34